

emperador, se empeñó en dejar á Naumburgo para dirigirse hácia Dornburgo, donde el enemigo no se habia presentado siquiera. ¿De qué provenia tan estraña resolucion? De un sentimiento detestable, por el que se sacrifica muchas veces la sangre de los hombres, y la salvacion del estado: Bernadotte obraba así por ódio, por envidia, por espíritu de venganza (1). Bernadotte aborrecia, y

(1) A continuacion verán nuestros lectores una carta que el emperador escribió al principe de Puente-Corvo despues de la batalla de Awerstaed, y confirma nuestros asertos. En dicha carta espresa Napoleon su descontento, aunque no con la vehemencia propia del que sentia.

*Al principe de Puente-Corvo.*

Witemberg, 25 de octubre de 1806.

He recibido vuestra carta, y puesto que ya no tiene remedio, no os acriminaré por lo pasado. Vuestro cuerpo de ejército no se ha hallado en el campo de batalla, y esto ha podido ser muy fatal para mí. Sin embargo, os habia mandado terminantemente que os halláseis en Dornburgo, paso principal para el Saale, el mismo dia en que el mariscal Lannes se hallase en Jena, el mariscal Augereau en Kala, y el mariscal Davout en Naumburgo. Por no haber ejecutado estas disposiciones, os mandé á decir aquella noche que si seguiais aun en Naumburgo, debiais marchar hácia donde estaba el mariscal Davout para ayudarle. Cuando recibisteis esta órden, estábais todavia en Naumburgo, y no obstante preferisteis emprender una marcha falsa para volver á Dornburgo, con lo cual no habeis asistido á la batalla, teniendo que sufrir el mariscal Davout los principales esfuerzos del ejército enemigo. Todo esto es muy triste, etc.

mucho, al mariscal Davout por motivos bastante frívolos, y le dejó entregado á sus propias fuerzas, las cuales consistian en tres divisiones de infanteria y tres regimientos de caballeria ligera. El mariscal Bernadotte se llevó consigo hasta una division de dragones que habia sido desmembrada de la reserva de caballeria, para que ayudase á los cuerpos primero y tercero, y de la cual no podia disponer esclusivamente.

Sin embargo de esto, el mariscal Davout no anduvo indeciso sobre el partido que tenia que tomar, pues resolvió impedir el paso al enemigo, y que no le quedase un soldado, antes que dejar abierto un camino que Napoleon ponía tanto empeño en querer cerrar. El 13 por la noche se puso en marcha hácia el puente de Kosen, con las tres divisiones de Gudin, Friand y Morand, las cuales formaban veinte y seis mil hombres vivos y efectivos, la mayor parte de ellos de infanteria, que afortunadamente era la mejor del ejército, pues aquel inflexible mariscal mantenía en sus tropas una disciplina de hierro. Con aquellos veinte y seis mil hombres se proponía pelear contra setenta mil, segun unos, y ochenta segun otros, aunque en la realidad eran sesenta y seis mil. En cuanto á los soldados, no estaban acostumbrados á contar el enemigo, sea cual fuese su número, y siempre se creian obligados á entrar en lucha, sino es que tambien tenían seguridad de vencer.

Despues de hacer que sus tropas empuñasen las armas mucho tiempo antes que fuese de dia, pasó el puente de Kosen, que habia ocupado la noche anterior, subió con la division de Friand las rampas de Kosen, y fué á parar á eso de las seis



de la mañana, á las alturas que forman uno de los costados de la ensenada de Hassenhausen. Pocos instantes habian trascurrido, cuando los prusianos aparecieron al otro lado, de suerte que los dos ejércitos hubieran podido verse hácia los extremos de aquella especie de anfiteatro, si la niebla que á aquellas horas envolvía el campo de batalla de Jena, no hubiese envuelto tambien el de Awers-taedt. La division prusiana de Schmeltan iba á la cabeza, precedida de una vanguardia de caballería de seiscientos ginetes, á las órdenes del general Blucher, y algo detras marchaba el rey con el duque de Brunswick y el mariscal Mollendorf. Habia bajado el general Blucher hasta el cenagoso arroyo que atraviesa la ensenada, habia ya pasado el puentecillo, y subia al paso por la carretera, cuando se encontró con un destacamento francés de caballería, mandado por el coronel Bourke y el capitán Hulot. Disparáronse de una y otra parte algunos pistoletazos en medio de la niebla, é hicimos algunos prisioneros á los prusianos, despues de cuyo atrevido reconocimiento, ejecutado en medio de una densísima niebla, fué á colocarse el destacamento francés bajo la proteccion del 25 de línea, que conducia el mariscal Davout. Este mandó colocar algunas piezas de artillería en la calzada misma, y tirar á metralla sobre los seiscientos caballos del general Blucher, los cuales no tardaron en desordenarse, dejando en poder de dos compañías del 25 una batería montada que llevaba aquel cuerpo de caballería, batería que fué conducida á Hassenhausen. Semejante encuentro revelaba toda la gravedad de la situación, pues era claro que iba á darse una gran batalla,

aunque la incertidumbre producida por la niebla debia retardar el momento, pues ni unos ni otros podian ejecutar un movimiento serio, en presencia de un enemigo invisible por decirlo así. El mariscal Davout, yendo como iba de Naumburgo para cortar la retirada á los prusianos, tenia vuelta la espalda al Elba y la Alemania, el Saale á la izquierda y á la derecha unas alturas cubiertas de arbolado, siendo enteramente contraria la posicion de los prusianos, que iban de Weimar. Gracias sin embargo á la tardanza que causó la niebla, tuvo tiempo el mariscal Davout para situar en buen punto á la division de Gudín, que fué la primera que llegó y se componia de los regimientos número 25, 85, 12 y 21 de línea, y de seis escuadrones de cazadores. Al regimiento número 85 lo colocó en la aldea de Hassenhausen, y como á la derecha de dicha aldea (que lo era tambien de los franceses), pero algo delante, hubiera un bosquecillo de sauces, diseminó en él una porcion de tiradores, los cuales empezaron á hacer un fuego mortífero sobre la línea prusiana, que iba ya distinguiéndose. A los otros tres regimientos los apostó á la derecha de la aldea, dos de ellos desplegados en batalla, y formados de modo que presentasen una doble línea, y el otro en columna cerrada, dispuesto á formarse en cuadro sobre el flanco de la division. El terreno que hay á la izquierda de Hassenhausen se reservó para las tropas del general Morand, y en cuanto á las del general Friand, las circunstancias que pudieran sobrevenir durante la batalla, debian determinar la posicion que fuese conveniente darles.

El rey de Prusia, el duque de Brunswick y el



mariscal Mollendorf, que habian pasado el arroyo con la division de Schmettan, al ver las disposiciones que tomábamos delante de Hassenhausen, deliberaron sobre si deberian atacar al instante, y el duque de Brunswick se mostró inclinado á esperar á la division de Wartensleben, para obrar mas de consuno; pero el rey y el mariscal Mollendorf fueron de dictámen de que no convenia retardar el combate. Por lo demas, el fuego de fusilería fué haciéndose tan vivo, que tuvieron que contestar á él, y trabar la lucha al instante, desplegándose en batalla con la division de Schmettan, frente al terreno que ocupaban los franceses, teniendo por delante á Hassenhausen, que en medio de aquel terreno descubierto iba á ser el ege de la batalla. En seguida quisieron apagar el fuego de los tiradores franceses que se habian emboscado detrás de los sauces, pero inútilmente, pues ademas de lo diestros que eran, tenian con que abrigarse: entonces se dirigieron un poco hácia la derecha de Hassenhausen (derecha para los franceses é izquierda para los prusianos), á fin de librarse de aquel fuego nutrido y mortífero. La division de Schmettan se acercó á las líneas de nuestra infantería para disparar contra ella, y como la niebla empezaba á disiparse, descubrió á la infantería de la division de Gudin formada á la derecha de Hassenhausen. Al ver esto el general Blucher, reunió su numerosa caballería, y dando un rodeo, fué á cargar por el flanco á la espresada division; pero Gudin no le dió tiempo, pues el regimiento número 25, que se hallaba en primera línea, forma al momento un cuadro con su batallon de derecha, el 21 que es-

taba en segunda línea, imitó su ejemplo, y por último, el regimiento número 12 que estaba de retaguardia, se formó en cuadro con sus dos batallones, esperando con tanta tranquilidad como confianza á los escuadrones del general Blucher aquellas tres masas erizadas de bayonetas. Los generales Petit, Gudin y Gauthier tomaron puesto cada uno en un cuadro, y el mariscal andaba y viniendo del uno al otro. El general Blucher, que se distinguia por su denuedo, mandó dar la primera carga, teniendo cuidado de dirigirla él mismo; pero sus escuadrones no llegaron á nuestras bayonetas, pues una lluvia de balas los contuvo, obligándolos á variar de direccion repentinamente. Al general Blucher le mataron el caballo, mas cogió el de un trompeta, y repitió la carga hasta tres veces, siempre con mal éxito, no tardando la caballería en arrastrarle en su derrota. Nuestros escuadrones de cazadores, que se habian mantenido ocultos en un bosquecillo, se lanzaron en persecucion de aquella caballería fugitiva, y la obligaron á desaparecer mas pronto, no sin matarle algunos hombres.

Hasta entonces habia conservado su terreno el tercer cuerpo, sin comoverse siquiera, cuando fué á presentarse en el lugar del combate la division de Friant, que tan bien se portó en Austerlitz. Viendo el mariscal Davout que los esfuerzos del enemigo se dirigian hácia la derecha de Hassenhausen, envió la division de Friant hácia aquel sitio, y reconcentró la de Gudin al rededor de la espresada aldea, que segun todas las apariencias iba á ser atacada violentamente, enviando al mismo tiempo orden al general Morand para que



apresurase el paso, y fuera á situarse á la izquierda de la aldea.

Por parte de los prusianos, la segunda division, esto es, la de Wartensleben, llegaba sin aliento, pues habia tenido que retardar su marcha de resultas de haber obstruido el camino á la espalda los bagages, y la de Orange, detenida por igual causa, acudia tambien presurosa, lo cual prueba que por no estar acostumbrado á la guerra aquel ejército, se movia con lentitud, sin concierto y embarazosamente.

Llegado el momento de volver á empezar el combate con furor, la division de Wartensleben se dirigió hácia la izquierda de Hassenhausen, mientras que la de Schmettan, guiada vigorosamente por los oficiales prusianos, se adelantó hasta la misma aldea, y luego replegó sus dos alas al rededor de ella á fin de envolverla. Por fortuna habia alli tres regimientos del general Gudin, y el 85, que ocupaba el frente, se portó aquel dia con un valor heróico. Rechazado á lo interior de la aldea, impedia el paso con extraordinario denuedo, contestando con un fuego obstinado y diestramente dirigido al espantoso que los prusianos hacian en masa, y ya habia perdido la mitad de su gente, sin dejar de permanecer siempre firme. Durante este tiempo, aprovechándose la division de Wartensleben de que la de Morand no habia ocupado todavia la izquierda de Hassenhausen nos amenazaba con dar vuelta á la aldea, haciendo que fuese delante un numeroso cuerpo de caballeria; pero al ver esto el general Gudin desplegó en batalla á la izquierda de la aldea uno de los cuatro regimientos que mandaba, esto es, el 42,

para impedir que el enemigo llegase antes. Como Hassenhausen era el único punto que en aquel terreno descubierto podia servir de apoyo á los unos y á los otros de obstáculo, era evidente que debian disputarlo con encarnizamiento. Así sucedió efectivamente, recibiendo el valeroso general Schmettan, que iba á la cabeza de sus infantes, un balazo que le obligó á retirarse. El duque de Brunswick, al ver la obstinada resistencia de los franceses, sentia una secreta desesperacion, y creia iba á realizarse la catástrofe, cuyo presentimiento afligia su alma hacia un mes, pero como aquel anciano guerrero, aunque vacilante en los consejos, nunca se mostraba indeciso en el campo de batalla, quiso ponerse á la cabeza de los granaderos prusianos, y conducirlos al asalto de Hassenhausen, siguiendo un pliegue de terreno que se encuentra al lado de la calzada, y por donde se podia llegar con mas facilidad á la aldea. Hácelo así; pero al tiempo de exhortarles y enseñarles el camino, recibe en el rostro una herida mortal de una bala encadenada de cañon, y sus soldados se lo llevan despues de teparle la cara con un pañuelo, para que el ejército no conozca quién es el herido. Esta noticia causa en el estado mayor prusiano un noble furor; el respetable Mollendorf no quiere sobrevivir á aquella jornada, avanza con decision y tambien sale herido mortalmente; el rey y los principes se portan en el peligro como simples soldados, y al rey le matan un caballo, sin querer no obstante dejar el fuego. Al fin llega la division de Orange, y dividida en dos brigadas, una va á sostener á la division de Wartensleben á la izquierda de Hassenhausen (izquierda tambien de los franceses),



para ver si dando la vuelta, viene á tierra aquella posicion, y mientras la otra va á llenar á la derecha el espacio que la division de Schmettan dejó vacío para caer sobre Hassenhausen, y sobre todo á contender á la division de Friant, que empieza á ganar terreno sobre el flanco del ejército prusiano.

El mariscal Davout, presente siempre en lo mas fuerte del riesgo, envia hácia la derecha á la division de Friant, la cual hace un vivo fuego contra la brigada de la division de Orange, que contestó á él del mismo modo. En el centro, en Hassenhausen mismo, sostiene los corazones, anunciando va á llegar Morand, y en la izquierda donde aparece al fin éste, corre á formar aquella division, que si no era mas valiente que las otras dos, porque las tres lo eran igualmente, se componia de mayor número de hombres. El intrépido Morand llevaba consigo cinco regimientos, estos es; el 13 de ligeros, y los 61, 51, 30 y 17 de línea, cuyos regimientos tenian nueve batallones, pues el décimo se habia quedado custodiando el puente de Kosen. Desde luego se les destinó á ocupar el terreno llano que hay á la izquierda de Hassenhausen, y contra el cual habian asestado los prusianos una numerosa artillería, dispuesta á destruir las tropas que por allí se presentasen. Es decir, que cada uno de los nueve batallones, despues de trepar por las rampas de Kosen, debia desembocar en la ladera bajo el fuego de metralla del enemigo, pero sin embargo, se desplegan en batalla unos detrás de otros, formándose en el mismo instante en que llegan á entrar en línea, á pesar de las repetidas descargas de la artillería

prusiana. El 13 de ligeros es el primero que aparece, se forma; y avanza rápidamente, pero se adelanta tanto, que tiene que replegarse sobre los otros regimientos. El 61 que le sigue, es acogido del mismo, pero ni siquiera se conmueve: antes, por el contrario, viendo un soldado, á quien sus camaradas llamaban el emperador, porque tenia alguna semejanza con Napoleon, viendo decimos, que su compañía titubeaba, corre hácia adelante, se coloca de guia, y esclama;—Amigos, seguid á vuestro emperador.—Todos le siguen, y se apiñan bajo aquella lluvia de metralla, con lo cual acaban de desplegarse los nueve batallones, y marchan en columnas cerradas, llevando la artillería en el hueco que queda entre batallon y batallon. Al tiempo de conducir el mariscal Davout sus batallones, recibe un balazo en la cabeza que le atraviesa el sombrero por junto á la escarapela, y le arranca algunos cabellos, aunque sin tocar al cráneo. Los nueve batallones se sitúan frente á la línea enemiga, y hacen retroceder á la division de Wartenleben, así como á la brigada de Orange, que habia ido á apoyarla. En seguida despejan, siempre ganando terreno, el flanco de Hassenhausen, y obligan á la division de Schmettan á replegar sus alas, que habia estendido al rededor de la aldea. Despues de un fuego de fusilería que duró mucho tiempo, la division de Morand vé amontonarse sobre su cabeza otra nueva tempestad; cual es una masa enorme de caballería, que al parecer se reune detrás de las filas de la division de Wartenleben. El ejército real llevaba consigo la mayor y mejor parte de la caballería prusiana, pudiendo presentar catorce ó quince mil ginetes,



perfectamente montados, y acostumbrados á maniobrar, por el largo tiempo que llevaban de ejercitarse en ellas. Con aquella masa de caballería, pues, quieren los prusianos hacer un esfuerzo desesperado contra la division de Morand, lisongeándose que en el terreno llano que separa á Hassenhausen del Saale, iba á ser hollada por sus caballos, ó á precipitarse á lo largo de las rampas de Kosen. Si lo consiguen, siendo arrollada la izquierda del ejército francés, envuelto Hassenhausen, y hecho prisionero Gudin en la aldea, la division de Friant no tiene otro remedio que batirse en retirada á paso mas que acelerado; pero viendo el general Morand los preparativos del enemigo, dispone siete de sus batallones en cuadro, y deja dos desplegados en batalla para enlazar sus operaciones con las de Hassenhausen. Hecho esto, se situa en uno de los cuadros, el mariscal Davout se coloca en otro, y se disponen á recibir á pie firme la masa de enemigos que se prepara á caer sobre ellos. De pronto se abren las filas de la infantería de Wartensleben, y vomitan torrentes de caballería prusiana, hasta el número de diez mil caballos, mandados por el príncipe Guillermo, y que dan muchas y repetidas cargas contra los nuestros. Cada vez que se acercan, esperan nuestros intrépidos peones con sangre fría á que sus oficiales manden hacer fuego, dejan venir los escuadrones enemigos á treinta ó cuarenta pasos de sus líneas, y hacen descargas tan ciertas, tan mortíferas, que derriban á centenares de hombres y caballos, formando una muralla con los cadáveres. En el tiempo que media entre estas descargas, pasan de un cuadro á otro el general

Morand y el mariscal Davout, para animar á todos y á cada uno con su presencia. Los ginetes prusianos reiteran con furor sus rudos ataques, pero ni siquiera llegan á nuestras bayonetas, hasta que al fin, despues de repetirse con frecuencia aquella escena tumultuosa, desanimada la caballería prusiana, se retira detrás de su infantería. Entonces el general Morand, deshace sus cuadros, despliega sus batallones, los forma en columna de ataque, y los lanza sobre la division de Wartensleben. Acometida vigorosamente la infantería prusiana, retrocede delante de nuestros soldados, y baja hasta la orilla del arroyo, al mismo tiempo que el general Friant obliga en la derecha á retirarse á la primera brigada de la division de Orange, y de resultas de este doble movimiento, descubiertas las dos alas de la division de Schmettan, horriblemente diezmada ésta, tiene que tomar la fuga, y alejarse de la aldea de Hassenhausen, disputada con tanta violencia á la division de Gudin.

De este modo vamos empujando las tres divisiones prusianas hasta mas allá del pantanoso arroyo que atraviesa el campo de batalla, despues de lo cual se detiene el ejército un instante para tomar aliento, porque hacia dos horas que duraba aquel combate desigual, y nuestros soldados se morian de cansancio. La division de Gudin, á quien se habia dado el encargo de defender á Hassenhausen, sufrió enormes pérdidas; pero la de Friant medianamente, y en cuanto á la de Morand, poco maltratada por la caballería, como toda infantería que no es rota por el enemigo, aunque la artillería le hizo mas daño, se encontraba en estado de poder pelear, estando las tres dispuestas á dar



principio de nuevo á la lucha , si así era preciso, para hacer frente á las dos divisiones prusianas de reserva, que habian presenciado el combate, desde el otro lado de la ensenada en que se daba la batalla. Dichas dos divisiones, que eran las del Kuhnheim y Arnim, esperaban la señal para entrar en línea á su vez, y renovar la lucha al mando del mariscal Kalkreuth.

Durante este tiempo deliberaban entre sí los gefes del ejército prusiano, opinando el general Blucher que toda la caballería en masa debia reunirse á las dos divisiones de reserva, y caer sobre el enemigo á la desesperada. El rey pensó lo mismo al principio; pero no faltó quien le hizo presente que con solo un día que esperasen, irian á unirseles el príncipe de Hohenlohe y el general Ruchel con su cuerpo, no pudiendo menos que quedar derrotados los franceses por tantas fuerzas reunidas. Esta suposicion no era fundada, pues á ser permitido contar con la llegada de los cuerpos de Hohenlohe y Ruchel, los franceses que tenian delante, debian ser reforzados tambien por el ejército grande; de suerte que ninguna probabilidad valia tanto como hacer el último esfuerzo, sin la menor demora, y decididos á vencer ó morir, si bien esta última probabilidad no era muy grande, envista del estado en que se hallaban las divisiones de Friant y Morand. Sin embargo de esto, se dió la orden de retirada, pues aunque el rey habia mostrado extraordinario valor, esta cualidad no constituye el carácter; además de que todos cuantos le rodeaban, estaban profundamente abatidos.

Por la tarde se dió principio al movimiento de retirada, avanzando el mariscal Kalkreuth para

protegerlo con sus divisiones de refresco, mientras que el general Morand por su parte se habia aprovechado de una alturilla llamada Sonnenberg, y está situada á la izquierda del campo de batalla, para colocar baterías que hacian un fuego sumamente incómodo sobre los prusianos. El mariscal Davout puso en movimiento sus tres divisiones, llevándolas aceleradamente mas allá del arroyo, con lo cual consiguió que los nuestros siguiesen su marcha á pesar del fuego de las divisiones de reserva, se acercasen á ellas á tiro de fusil, y las obligasen á batirse en retirada, sin desórden, es verdad, pero con precipitacion. Si el mariscal Davout hubiese tenido á su disposicion los regimientos de dragones que la vispera se llevó el mariscal Bernadotte, hubiera hecho prisioneros á millares; pero sin embargo cogió mas de tres mil, además de ciento quince piezas de artillería, captura enorme para un cuerpo que solo tenia cuarenta y cuatro. Así que llegó al otro lado de la ensenada en que se habia dado el combate, detuvo su infantería, y como descubriese en las cercanías de Apolda á las tropas del mariscal Bernadotte, le invitó á que cayese sobre el enemigo, y recogiese los vencidos, porque estenuado de fatiga su cuerpo, no podia seguir tras ellos mas tiempo. Los soldados de Bernadotte, que estaban comiendo el rancho al rededor de Apolda, veian la conducta de su gefe con indignacion, y se preguntaban unos á otros para qué servia su valor, sino pensaban en ellos en semejantes circunstancias.

El ejército prusiano perdió entre muertos, heridos y prisioneros doce ó trece mil hombres, quedando mortalmente heridos el duque de Bruns-



wick, el mariscal Mollendorf, el general Schmettan, y sobre todo un número inmenso de oficiales, que cumplieron valerosamente con su deber. El cuerpo del mariscal Davout tuvo crueles pérdidas, quedando fuera de combate siete mil hombres de veinte y seis mil que eran, saliendo heridos los generales Morand y Gudin, muriendo en la acción el general Bill, y hallando la muerte ó heridas de gravedad, la mitad de los generales de brigada y coroneles. Jamás, desde lo de Marengo, había ensangrentado las armas francesas una acción tan mortífera, jamás se había dado por un general y las fuerzas que mandaba un ejemplo tan grande de firmeza y heroísmo.

El ejército real se retiró, bajo la protección de las dos divisiones de reserva que mandaba el mariscal Kalkreuth, siendo Weimar el punto donde debían reunirse todos los cuerpos desorganizados por la batalla; pues creían que el príncipe de Hohenlohe se hallaría sano y salvo detrás de aquella ciudad. El rey se dirigió á ella, muy triste á no dudarlo, pero contando, sino con que la suerte cambiase, á lo menos con una retirada en buen orden, gracias á los setenta mil hombres á que ascendían las tropas del príncipe de Hohenlohe y el general Ruchel. Caminaba, pues, escoltado por un fuerte destacamento de caballería, cuando se descubrió detrás del campo de batalla de Jena á las tropas del mariscal Bernadotte, no quedándoles la menor duda que había sucedido alguna desgracia al ejército del príncipe de Hohenlohe. Entonces dejaron precipitadamente el camino de Weimar, para dirigirse por la derecha hácia el de Sommerda; pero á poco supieron toda la verdad, porque el

ejército de Hohenlohe iba á buscar al lado del rey el apoyo que éste y sus tropas esperaban le daría el príncipe. Encontráronse las hordas de ambos ejércitos que huían en todas direcciones, y unos y otros supieron habían sido vencidos cada uno por su lado, cuya noticia puso el colmo al desorden, no tan grande al principio en el ejército del rey, porque nadie le perseguía. Apoderóse de todas las almas un terror repentino, y todos corrían en confusión por los caminos y senderos, viendo en todas partes al enemigo, y tomando por franceses victoriosos á fugitivos tan llenos de espanto como ellos mismos. Para colmo de infortunio, encontraron en los caminos la masa enorme de bagages que el ejército prusiano, enervado con el largo tiempo que llevaban de paz, arrastraba tras sí, entre los cuales había muchísimos pertenecientes al rey, que no estaban en relación con la sencillez personal de Federico Guillermo, pero que se necesitaban yendo como iba allí la corte. Deseando librarse cuanto antes del peligro, los soldados de los dos ejércitos prusianos tenían por una calamidad aquellos obstáculos que se oponían á la rapidez de su fuga, y la caballería daba un rodeo, lanzándose á la campiña, y escapándose por escuadrones aislados, mientras la infantería rompía filas, destruyendo, arrollando aquellos bagages incómodos, y dejando que el vencedor los saquease, porque lo que quería era huir. No tardó en cundir la desesperación general á las dos divisiones del mariscal Kalkreuth, que eran las únicas que se mantenían en buen orden, y á pesar de la energía de su jefe empezaron á disolverse, desorganizándose un cuadro á cada hora que pasaba. En cuan-



to á los soldados, como no habian participado de las pasiones que abrigaban sus oficiales, creian mas sencillo, tirar las armas, y esconderse en los bosques para librarse de las consecuencias de la derrota, de suerte que los caminos estaban atestados de mochilas, fusiles y cañones. Así es como se retiraba el ejército prusiano por las llanuras de Thuringe, y hácia los montes de Hartz, presentando un espectáculo bien diferente del que ofrecia pocos dias antes, cuando se comprometia á portarse contra los franceses de otro modo que los austriacos y los rusos (1).

Parte del ejército de Hohenlohe huia por la derecha hácia Sommerda, y parte por la izquierda hácia Erfurt, mas allá de Weimar. Una mitad del ejército real, esto es, la que primero dejó el campo de batalla, y tenia orden de dirigirse hácia Weimar, viendo que esta ciudad se hallaba en manos del enemigo, iba á Erfurt, llevando consigo al duque de Brunswick, el mariscal Mollendorf y el general Schmettan, mortalmente heridos como ya hemos dicho; y el resto del ejército real marchaba hácia Sommerda, no porque así se le hubiese mandado, sino porque aquella poblacion y la de Erfurt eran las únicas que habia detras del pais en que se dió la accion. Por lo demas, desde que aquel delirio de terror se apoderó de todas las cabezas, nadie habia podido dar una orden. El rey, rodeado de alguna caballería, marchaba hácia Sommerda, y el príncipe de Hohenlohe, que se ha-

(1) No hacemos otra cosa que reproducir aquí lo que dicen los oficiales prusianos en los diferentes relatos que han publicado.

bia retirado con mil doscientos á mil quinientos caballos, no tenia doscientos cuando á la mañana del dia siguiente 13 llegó á Tennstädt, preguntando qué habia sido del rey, mientras éste preguntaba por él, porque ningun gefe sabia donde estaban los demas.

Durante aquella terrible noche, los vencedores sufrían tanto como los vencidos, pues estaban tendidos en el suelo, bivaqueando en una noche crudísima, y no teniendo casi nada que comer, de resultas de un dia de combate, naturalmente poco productivo en víveres. Muchos de ellos, heridos de mas ó menos gravedad, yacían en tierra al lado de los heridos enemigos, con cuyos ayes confundían los suyos, porque por muy bien organizado que esté un hospital de sangre, no puede recoger en tan corto espacio de tiempo de doce á quince mil heridos. Napoleon no solo por bondad de alma sino por cálculo, cuidó personalmente por espacio de algunas horas de su traslacion, y en seguida volvió á Jena, donde recibió importantes noticias acerca de una segunda victoria, mas gloriosa todavía que la alcanzada á su vista. Al principio no queria creer todo lo que le decían, porque queriendo disculpar el mariscal Bernadotte con una mentira su imperdonable conducta, le escribió una carta en que le manifestaba que apenas tenia delante el mariscal Davout nueve ó diez mil hombres. El capitán Trobiand, oficial de Davout, fué á decirle que habian tenido que pelear contra setenta mil hombres; pero en vez de creerlo contestó: —Vuestro mariscal ha visto el ejército enemigo con ojos de aumento.—Sin embargo, así que supo todos los pormenores, se alegró en extremo, y col-



mó de elogios primero, y bien pronto de recompensas, la admirable conducta del tercer cuerpo, indignándose contra el mariscal Bernadotte, aunque no le causó mucha sorpresa su conducta. En el primer momento quiso castigarle con severidad, y aun pensó en semeterlo á un consejo de guerra, pero el parentesco, y una especie de debilidad que la inclinaba á solo cebarse en él de palabra, le hicieron variar de resolucion, convirtiéndose su severidad en un disgusto que no trató de ocultar. El mariscal Bernadotte no recibió otro castigo que escribirle el príncipe Berthier y el mismo Napoleon, cartas que debieron afligirle profundamente, si es que tenia corazón de buen ciudadano y soldado.

Al dia siguiente por la mañana salió para Naumburgo el mariscal Duroc, con una carta del emperador para el mariscal Davout, y grandes testimonios de satisfaccion para todo el cuerpo del ejército.—Tanto vos como vuestros soldados, señor mariscal, decia Napoleon, habeis adquirido derechos eternos á mi aprecio y gratitud.—Duroc debia ademas visitar los hospitales, ver á los heridos, prometerles serian recompensados espléndidamente, y dar dinero con mano pródiga á cuantos lo necesitasen. La carta del emperador se leyó en los cuartuchos donde se habian amontonado los heridos, y aquellos infelices gritaban *viva el emperador!* en medio de sus dolores, manifestando asi deseos de recobrar la vida para consagrársela de nuevo.

Desde el dia siguiente 15 de octubre, trató Napoleon de aprovechar la victoria, con esa exactitud en que no le ha igualado ningun otro capitán antiguo ó moderno. Desde luego mandó á los ma-

riscales Davout, Lannes y Augereau, cuyos cuerpos sufrieron mucho en la jornada del 14, que descansasen dos ó tres dias en Naumburgo, Jena y Weimar; pero el mariscal Bernadotte, cuyos soldados no habian disparado un tiro, los mariscales Soult y Ney, que solo se batieron con parte de sus tropas, y Murat, cuya caballería no habia sufrido otra cosa que fatigas, tuvieron que avanzar, para ir hostigando al enemigo, y recoger los restos del ejército prusiano, fáciles de capturar en el estado de desorganizacion en que se hallaban. Murat, que habia dormido en Weimar, recibió una orden en que se le mandaba acudirse con sus dragones á Erfurt el 15 por la mañana, y Ney otra en que se le prevenia le siguiese inmediatamente. En cuanto al mariscal Soult debia marchar en persecucion del ejército enemigo por Sommerda, Greussen, Sondershausen y Norhausen, y seguir por la selva de Thuringe hácia los montes de Hartz, donde al parecer trataba de buscar refugio. Al mariscal Bernadotte se le mandó dirigirse aquel mismo dia hácia el Elba, trasladándose á la derecha del ejército por Halle y Dessau; lo cual demuestra que si Napoleon ponía tanto cuidado la vispera de una batalla en concentrarse, al dia siguiente, cuando ya habia vencido al enemigo, dividía sus cuerpos, á la manera de una ancha red, para coger á los fugitivos, porque era tan hábil para modificar los principios de la guerra segun lo requieran las circunstancias, como para escoger el tiempo oportuno, que es lo que asegura el buen éxito.

Dadas estas órdenes, Napoleon se dedicó durante algunos dias á los negocios políticos. La